

# LAS CAMPAÑAS AFRICANAS

José Cervera Pery  
General Auditor, Historiador

Los años que siguieron a la retirada turca de la Europa central fueron de paz, gracias al fracaso de aquella campaña y a la apertura de otra de los propios turcos contra Persia. Pero no quedó restablecida con ello la paz en el Mediterráneo. Barbarroja seguía siendo la mayor preocupación. Sus dominios prosperaban; sus rápidas incursiones producían sus frutos y a mayor estímulo el sultán lo llama a Constantinopla para ofrecerle el mando de su flota como almirante bajá. El rey de Argel, halagado por la oferta, se dispuso a complimentarla reuniendo una gran escuadra para impresionar a su anfitrión a la llegada, y de camino y para no perder costumbre, saquearon y arrasaron todo cuanto pudieron. Fernández Duro relata lo satisfecho que quedó el sultán de los regalos que Barbarroja le llevaba; lo que ya no le satisfizo tanto fue su edad. Septuagenario como Doria, su presencia disgustó a los cortesanos y quizás no hubiera cuajado la operación de no ser por el firme aval del gran visir que no se dejaba llevar de impresiones fisonómicas. Otorgada la confianza por Soliman, Barbarroja comenzó a soñar despierto. Nada menos pretendía que una reconquista nueva de España para el Islam, una vez expulsados los españoles de Berbería, para continuar con Cerdeña, Córcega, Baleares, Sicilia y Otranto, hasta culminar con la conquista total de Italia y ofrecer a Solimán todo el dominio mediterráneo desde Alejandría a Cádiz. Realista o no, la propuesta pareció interesar al sultán, y tuvo vía libre para ella.

En junio de 1534 cruzaba los Dardanelos el nuevo almirante con la más potente flota lograda, con griegos, turcos y genízaros a bordo. Dio el primer golpe en el estrecho de Mesina, dejándose sentir igualmente en la costa de Reggio, Nápoles, Civitavecchia... Por donde quiera que pasaba sembraba el pánico. Era un desafío y un aviso. Pero Doria también había sido explícito en el suyo, con la firme opinión de que las fuerzas de la cristiandad no serían suficientes para expulsar de Italia al argelino. «Urge resolver» –escribía al emperador–, pero las fuerzas de la cristiandad no estaban a tope. Faltaba Francia, coaligado el rey cristianísimo con turcos y protestantes con tal de oponerse a Carlos, y con acuerdos secretos con Barbarroja para que atacase a Génova, raíz del despecho francés. Cumplió el argelino llegando a Saona, pero sin noticias de Marsella puso rumbo a Bizerta. El recibimiento en Túnez fue cálido, ya que su rey Muley Hacén no gozaba de especiales afectos y su destronamiento no se haría esperar. Barbarroja no podía perder tiempo, consciente de la importancia de aquella formidable posición estratégica dominante del canal de Sicilia. «Urge resolver» –sigue insistiendo Doria– Se trata de hacer saltar de Túnez a Barba-

roja, antes de que tenga tiempo de fortificarse, porque si logra hacer de la Goleta otro Argel, no sólo Sicilia y Nápoles sino la propia España estarían en jaque.

Los preparativos para el adiestramiento de la escuadra que habría de salir para el norte de África fueron lentos y se hicieron en Barcelona. La formalización de la expedición contra Túnez contaba con el parecer contrario de los colaboradores del emperador, a pesar del beneplácito de éste. El cardenal Tavera, con la mayor franqueza, expuso sus dudas sobre la utilidad de la empresa: ... «el rey de Francia viendo a V. M. ocupado en tierras de Africa... podría mover la guerra en Flandes, Borgoña o Italia» –se lamentaba ante Carlos–. No andaba descaminado porque los manejos de Francisco se movían en este sentido. Si al menos la expedición fuese sobre Argel, habría encontrado más eco en quienes la venían pidiendo angustiosamente. Pero el destino era Túnez. Si vencía, tendría que ocuparse después de los franceses. Si fracasaba, más valía no pensar en las consecuencias. Pero Carlos no daba su brazo a torcer; el oro de América era en esta ocasión buen colaborador, y sus dotaciones se incrementaban de aventureros voluntarios dispuestos a ensayar en Africa lo que después pensaban repetir en las prometedoras Indias. Y en mayo de 1535, Carlos salía de Barcelona con lucida escuadra. El momento era grandioso. La muchedumbre gritaba ¡Imperio, Imperio! y las campanas de los templos repicaban también entusiasmos metálicos. Una revista naval hubiese dado una fuerza impresionante: 74 galeras y 30 galeotas y fustas, es decir más de 100 embarcaciones a remo. De vela grandes y menores casi 300; soldados de infantería 25.000; jinetes 2.000 de ellos 800 hombres de armas, no entrando en la cuenta señores con criados, aventureros y gente de mar. En análisis aún más minucioso, el rey de Portugal había enviado 22 naves y un galeón grande «erizado de cañones como un acorazado». El pontífice había contribuido con seis galeras. Los más ilustres nombres de alcurnia marinera se hallaban a bordo, Bazán, Requesens, García de Toledo, los dos Dorias Botiguela de Malta, Ursino de los estados del Papa, y capitanes también de Cantabria, Flandes, Nápoles, Sicilia. Toda una ferviente conjunción con ánimos de cruzada y a quien la presencia del emperador los infunde aún mayores.

Completada en Cagliari la expedición, la orden de salida fue el día de San Antonio. En vanguardia las carabelas portuguesas expertas avizoras de peligros; en el centro el emperador y a retaguardia Don Alvaro de Bazán y el resto de la flota. La primera escala será Porto Farina con el apresamiento de dos naos francesas espías del rey Francisco. Barbarroja, que no acaba de creer en la presencia del emperador, toma sus precauciones y reúne 100.000 hombres y 30.000 jinetes, –cifra indudablemente exagerada, aunque la confirme Fernández Duro–. De Porto Farina a Túnez, a tres millas de distancia de la Goleta se hizo el desembarco. Pero la oposición es muy fuerte, encabezada por Sinan el judío que contraataca bien. El asalto final puso en manos de Carlos la fortaleza, las 80 naves que el enemigo tenía bloqueadas en el puerto y unas 200 piezas de artillería. El asalto decisivo a Túnez se hizo el 14 de julio por mar y tierra con un calor agobiante. Barbarroja trató de evitar que ocuparan los

pozos que había a mitad de camino pero no lo logró. Cuando regresaba a Túnez desde la Goleta dispuesto a dirigir la defensa, un gran motín estalló dentro de la ciudad. La quinta columna de los 20.000 cristianos cautivos que tenía encerrados en cárceles y mazmorras lograron soltarse. Jareydin huyó y Carlos penetró con sus tropas en la ciudad. La victoria fue completa. A más del botín relatado casi cien naves fueron apresadas en la dársena, de ellas varias francesas, la capitana de Barbarroja, y la que fue de Portuondo, capturada por Cachidiablo.

Túnez fue devuelto por el emperador a Muley Hacen, en calidad de feudatario, con ciertas condiciones y cesión de la Goleta. Se tomó Bizerta con poca resistencia para el bey de Túnez y las escuadras combinadas se retiraron. El 17 de agosto salió la galera imperial rumbo a Sicilia donde el emperador desembarcó; pasó unos meses en Nápoles, donde otras empresas y otros acontecimientos iban a requerir de nuevo su atención».

Una vez más, Carlos no supo, no pudo o no quiso aprovecharse de la victoria. Aquél habría sido el momento oportuno de apoderarse de Argel, pero prefirió retirarse a Italia. La misma emperatriz puso el dedo en la llaga, animándole a proseguir a fondo la expedición africana: «lo que acá deseamos –le escribía– es que se acabase de destruir ese corsario y se le tomase Argel, pues yendo tan desbaratado parece que se podría hacer agora con más facilidad que en otro tiempo, demás de acabar de limpiar la mar de las galeras que le quedaron y otras fustas que andan haciendo daño por estas costas. Lo cual se podrá efectuar bien sin poner V. M. en ello su imperial persona» (1).

La réplica de Barbarroja no se hizo esperar. En los primeros días de setiembre, el pirata como represalia por la derrota de Túnez, cayó con sus huestes sobre Menorca y la arrasó. La reciente alegría por la victoria se tornó desolación y se empezó a caer en la cuenta de que la conquista de Túnez sólo favorecía a los italianos. España –escribe Avilés Fernández– tendría que seguir pagando su doloroso tributo a los piratas y a la grandeza imperial. Será de nuevo la emperatriz la que dé cuenta del estado de ánimo de los españoles después de lo ocurrido en Menorca, en nueva y ponderada carta a su marido: «... de que me ha desplacido cuanto es razón, así por el daño que podría recibir de aquellos enemigos, como por ser en tal coyuntura; lo cual se ha sentido en el reino mucho, porque como las victorias que Nuestro Señor ha dado a V. M. en la empresa de Túnez han gozado más particularmente los reinos de Nápoles y Sicilia y toda Italia por haberles echado de allí a tan mal vecino, así en el daño que se hace a estos por este enemigo se siente más agora que en otro tiempo. Y de manera que no se habla de otra cosa». Y justas parecen también las observaciones del profesor Fernández Álvarez, sobre el suceso: «En otras palabras; todo el

---

(1) Fernández Duro mantiene sin embargo la idea de que Carlos quería llegar hasta Argel, pero que sus más inmediatos consejeros le disuadieron de ello.

esfuerzo castellano, el dinero del Perú y del reino gastado, la sangre vertida, aquel magno esfuerzo que tan particularmente había recaído sobre los hombres de Castilla, sólo ha servido en definitiva para arrojar a Barbarroja sobre las costas del Mediterráneo hispano, alejándole de las riberas italianas. Extraña forma de mostrar Carlos V la preferencia que sentía por las tierras castellanas» (2).

Hay quizás excesiva dureza en el juicio emitido. En esta etapa ya de su reinado, Carlos trata de llevar a cabo su ideal, partiendo de España como de la más sólida base de sus impulsos. Carlos se ha hispanizado y convertido a Castilla en el punto de apoyo de sus numerosos dominios, y Descola recordará los tres grandes motivos que le obligan a intervenir en África del norte. Como rey de España, para no desmentir la obra de su abuela, Isabel que expulsó a los moros «que no apartan de España la mirada» y que se renuevan en los advenedizos moriscos. Como emperador romano es el protector natural de la cristiandad contra el Islam, y como titular del imperio germánico debe conjugar la amenaza de los turcos sobre el Danubio. Lynch quizás ha expresado mejor esta renuncia a la prosecución inmediata de la empresa argelina: «la conquista de Túnez no podía por sí misma alterar el equilibrio de poderes en el Mediterráneo. Carlos no tenía la fuerza naval necesaria para seguir su victoria y perseguir a Barbarroja en Argel» (3). Pasarán todavía algunos años para que el intento pueda llevarse a cabo, sin que tampoco el resultado sea acorde con las esperanzas.

Va a abrirse un paréntesis temporal entre la toma efectiva de Túnez y el intento frustrado de Argel. La guerra naval emprendida y continuada entre las fuerzas del emperador y las de Barbarroja, encubre otros objetivos, se desplaza a otros escenarios también mediterráneos y adquiere connotaciones de interrelación con diversos supuestos. La necesaria solución de continuidad para el mantenimiento del hilo conductor en las campañas africanas de Carlos I impone la trayectoria lineal «sin vuelta de vista atrás». Huecos o piezas sueltas tendrán que ser llenados o encajadas a través de consideraciones posteriores.

Las graves consecuencias de la derrota de Prevesa —ya se verán en su momento—, colocó la supremacía naval en el Mediterráneo oriental definitivamente del bando otomano, de modo que al amparo de la cobertura prestada por la flota turca, a la que era necesario vigilar con medios eficaces, se extendió por todo aquel área un mayor incremento en las acciones de la piratería berberisca, hasta el punto de que el mismo emperador creyó llegada la hora de Argel y decidió ponerse el frente de la proyectada expedición destinada a neutralizar reducto tan importante. Prevesa, pues, motiva Argel, ya que al no haber sido capaz Doria de destruir las fuerzas otomanas, obligó a una serie de diversiones navales para la consolidación de las bases del norte

---

(2) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: «Carlos V. Un hombre para Europa» Ediciones Cultura Hispánica. Madrid 1976. Este catedrático, es uno de los historiadores europeos que mejor conocen el siglo XVI.

(3) John Lynch. «España bajos los Austrias». Barcelona, 1975.

de África, que se beneficiaban de los frutos de la victoria estratégica de Barbarroja ejerciendo el dominio del mar gracias a la supremacía alcanzada.

Carlos, moralmente destrozado tras la muerte de la emperatriz Isabel, que con tanta insistencia le había aconsejado la iniciativa argelina, está aún indeciso. Está sufriendo una profunda crisis. Los recientes fracasos navales hacen mella en su profundo espíritu religioso. ¿Será que Dios lo ha dejado de su mano? De los Países Bajos llegan también malas noticias. Gante, su querida ciudad natal se ha sublevado contra él, arrastrando en su revuelta a otras ciudades cercanas. De nuevo su presencia es necesaria allí donde lo discuten. Y emprende el viaje que le pospone sus propósitos africanos. Hay que esperar al regreso.

Entretanto, el pirata Dragut -buen delfín de Barbarroja-, se encargaba de hostilizar las costas de Italia y la navegación de los españoles. Doria salió a perseguirlo hasta Túnez pero no lo encontró. Su sobrino Juanetin y Garcerán de Requesens fueron también tras él con intento inútil en Sicilia, pero con mejor suerte en Córcega, donde lo apresaron en un fondeadero lejano y fuera de sus derroteros habituales. Amarrado al banco de una galera española, tuvo tiempo de preparar su revancha. Se pudieron rescatar también dos galeras venecianas perdidas en Prevesa y durante aquel verano (1540) Doria reunió una fuerte escuadra y junto a Don García de Toledo se movieron bien por las costas de Túnez. Pero, de otra parte en Argel, a instancias de Barbarroja, se aprestó una armadilla, comandada por el renegado Caraman, antiguo esclavo de las galeras españolas. Salieron de su base sin ser vistos rumbo a levante, pero al pasar por el estrecho dieron un golpe de efecto en Gibraltar utilizando banderas imperiales en sucia estratagema y desvalijando en el puerto hasta 40 navíos pequeños. Los galeras de España, cuyo mando, por disgusto de Don Alvaro de Bazán, tenía Don Bernardino de Mendoza, cruzaban las Baleares en prevención de ataques berberiscos, se lanzaron a la búsqueda de Caraman sorprendiéndolos sobre el mar de Alborán. El 1 de octubre se dio el combate. La artillería de Don Bernardino abrió el camino y aunque las galeras argelinas se aferraron a la capitana española, los berberiscos fueron rechazados de las cubiertas. Las argucias y buen quehacer marino de Mendoza, dieron también sus resultados y los moros se rindieron. Los ataques sin embargo en connivencia con moriscos no cesaban por otro punto del levante español. Parece pues llegada la hora de afrontar la seria decisión. El emperador, en Italia de nuevo, tras superar las dificultades del Flandes y Alemania, decide la jornada de Argel y manda preparar un armamento tan considerable como el que llevó a Túnez. Intenta disuadirlo el Papa, explicándole que los turcos se disponen a invadir los estados de la cristiandad, y en contra se manifiestan también el Marqués del Vasto, gobernador de Milán y Andrea Doria. Nada le bastó a convencerle. Estaba convencido de que en poco más de un mes destruiría la base logística corsaria y estaría mejor preparado para cuando empezaran las hostilidades los turcos. El recuerdo y reproche de la hermosa emperatriz -«de poco sirve Túnez si no se tiene Argel»-, pesaban también sobre su ánimo.

Carlos pudo reunir hasta 35 galeras en la Spezia, con él mismo a bordo de la «Real». El punto de reunión convenido era Palma de Mallorca donde ya aguardaban otras fuerzas, formando un conjunto de armada de 65 galeras y 40 navíos de guerra y transportes, con 12.000 hombres de mar y el doble de desembarco. El 19 de octubre se hace la flota a la mar. Un pintor de la época nos ha legado el impresionante cuadro de la salida. Naves de Italia, urcas de Flandes, galeones de Cantabria, carabelas de Andalucía; encorchapines, tarufeas; numerosas naos de gavia y embarcaciones menores completaban el cortejo. Almirante y hombres de mar sobre cubierta: Mendoza, Requesens, Juanetín Doria, García de Toledo, Schilling. La travesía no fue buena; soplaban levante y había mar gruesa. Juanetín fue comisionado para buscar lugar a propósito del desembarco y se cursaron las órdenes. Muy temprano estaba la infantería en tierra sin haber tenido que usar las armas, y detrás fueron caballería y artillería. Las previsiones no podían ser más optimistas. El renegado Hassan Aga con 800 turcos de guarnición y 5.000 moriscos sin experiencias guerreras no podían ser obstáculos. Pero los elementos dijeron una vez más su última palabra. Llovió torrencialmente y se enfangó todo. Era prácticamente imposible avanzar. En las primeras escaramuzas murieron 300 hombres, pero metieron a los turcos dentro de las murallas. Las dificultades mayores los trajo, como siempre en estos casos, la logística. El temporal no permitía aprovisionarse. Las galeras se embestían entre sí y era necesario alejarse y alejarlas. Se pensó en el reembarco y volvieron a contrastarse las opiniones. El conde de Alcaudete fue contrario al mismo y Hernán Cortés, el conquistador de México propuso como alternativa el reembarque del emperador y que el resto quedara en tierra para el golpe final. No se les hizo caso y se decidió la retirada. ¿Qué más podían desear turcos y argelinos? El reembarque fue costosísimo con un viento superando en violencia a la borrasca anterior. Los de tierra acabaron entregándose a los turcos con los resultados que pueden suponerse. Las naves en la mar terminaron dispersándose. Unas a España; otras a Cerdeña e Italia. Don Carlos llegó a Bujía en una galera y ordenó tres días de ayuno. Cedió el temporal y las galeras pudieron volver a sus puntos de procedencia. Tres meses de ansiedad habían pasado en el reino temiendo por la vida del emperador. Lacónico y en disgusto lanzó su frase lapidaria: «El que no se expone a nada, no le sucede nada». La consecuencia de la derrota sería un mayor debilitamiento de los españoles en el mar, y el que Francisco I, siempre al acecho volviese de nuevo a carga. Pero el prestigio imperial aún puede quedar a salvo (4).

---

(4) «La política de cruzada—escribe Comellas— desarrollada a ráfagas e interferida una y otra vez por los avatares europeos, habían logrado hasta 1543 frutos poco más que mediocres. A partir de entonces, el desplazamiento del Emperador hacia el mundo germánico va a determinar la pérdida paulatina de todo lo logrado.» (J. L. Comellas. «Historia de España moderna y mediterránea». Rialp. Madrid, 1968.)

Como era lógico, después de este desastre, la amenaza berberisca volvió a recrudecerse. Cada vez con más poderosos medios, y seguros de que no habría un mucho tiempo una segunda expedición a Argel, saqueos y correrías vuelven a estar a la orden del día. Dragut, en mal momento, rescatado, era su cabeza visible. Andrea Doria y Juanetin, Don García, Don Berenguer y Don Bernadino le iban a la caza sin mayor fortuna, pues era escurridizo y hábil. Cuando las galeras se reunían para los viajes reales o principescos, aparecía por las costas y sin oposición que pudiera serle gravosa se dedicaba a su entretenimiento favorito del saqueo y del pillaje. Pero no tenía puerto fijo y decidió buscar uno en evitación de descabros. Pactó con Hamida, hijo del bey de Túnez Muley Hassan, que había destronado a su padre. Dragut le Ofreció apoyo para derrocar a los jeques leales al padre con el apoyo de sus naves. Pero Dragut extralimitó sus funciones y se apoderó de varias plazas en provecho propio, haciéndose auténtico señor de Susa y Monastir y enarbolando su propia bandera que no era turca ni berberisca y que plantó también en los muros de Mehedía o ciudad de África de la que se inviste en auténtico soberano, atrayéndose con ello la enemistad de Hamida y el recelo y malestar español. Tan pronto se supo la noticia concurrieron las escuadras y se practicaron reconocimientos de los fuertes nuevos. Dragut esquivó prudentemente la visita. Mehedía pareció de entrada pieza difícil de tomar, pero Monastir pagó los gastos de la expedición y fue arrasada.

Emplazado en Mehedía, al amparo del castillo construido, Dragut se había inexpugnable. La bloqueó como siempre una armada dirigida por Doria, auxiliada por los virreyes de Nápoles y Sicilia. Los preparativos tardaron dos meses. El 24 de junio de 1547 se hizo la flota a la mar con Don Juan Vega, virrey de Sicilia y capitán general a bordo. El desembarco se hizo el 28 fuera de tiro de cañón y al día siguiente estaban emplazadas las trincheras y cercada la ciudad. Dragut entre tanto actuaba en otros frentes. Con su flota había entrado a saco en Rapallo, mientras Uluch Alí, su lugarteniente lo hacía en Villafranca. La costa levantina fue de nuevo objeto de devastaciones pero recibió aviso de la situación de Mehedía y acudió a socorrerla, demandado auxilio en Vélez. Los Galves, Querquenes y otros núcleos de población musulmana. Su flota se escondió en Sfax, de modo que nada extraordinario advirtieran los sitiadores y lanzó el ataque por sorpresa, y aunque se vio obligado a retroceder, el triunfo costó caro a los cristianos. Don García de Toledo tuvo la idea de «mejorarse en el mar» y formó una batería sobre dos galeras montando piezas gruesas. Al romper fuego conjunto el resultado fue el calculado y se abrió una brecha tremenda entre los muros. Dragut se vio obligado a retirarse. Doria supo que se refugiaba en Los Gelves y fue a por él. Lo cercó y pidió refuerzos. Se escurrió nuevamente el corsario que burló al viejo almirante, refugiándose en el gran sultán. Renunció humildemente a sus ínfulas de independencia y propuso la toma de la isla de Malta para Turquía. El objetivo de Dragut de hacer de Mehedía otra Argel, no había sido logrado, pero

el balance de la acción africana de Carlos I dista mucho de ser favorable. En 1555 los únicos puntos fuertes que quedaban para España en la costa norte, eran Melilla, Orán, Bona y la Goleta. Trípoli y Bugía habían caído también. Contra Argel ya no habría de intentarse nada. Como ha expuesto Lynch, Argel, una de las mayores catástrofes de la carrera militar del emperador también la última de sus acciones navales mayores (5).

---

(5) Lynch: Obra citada.